

EL SECRETO DE ELSINORE

En Toledo, el señor Garrido se despertó a las 6 de la mañana, como cada día en los últimos 5 años. Tuvo cuidado de no despertar a su esposa, que entraba a trabajar una hora más tarde, y se dirigió al servicio. Se duchó, se afeitó y se vistió con cuidado. Ya en la cocina, tomó el desayuno de siempre: un bollo con un café sólo, todo acompañado de un buen zumo de naranja recién exprimida.

Antes de salir, echó un vistazo al dormitorio, pero su mujer estaba durmiendo aún. No la despertó, mejor que aprovechase esa hora extra de sueño.

Cuando salió a la calle, tomó un trago de aire fresco, y se dirigió hacia el metro. El aire de la mañana era cálido, y daba gusto caminar por las calles casi desiertas. Sólo pocos transeúntes se dirigían, como él, hacia el metro, para ir cada uno a sus lugares de trabajo. La rutina diaria, pensó, y una sensación de calma y tranquilidad le llenó el corazón. Le gustaba su trabajo, los compañeros eran amables y ganaba bien: que más podría desear un hombre, se dijo.

Antes de meterse en el metro, miró al cielo. La bóveda estaba oscura, llena de estrellas: un buen espectáculo, pero le extrañó un poco que el Sol no hubiera salido aún. Miró su reloj: ¿tal vez se hubiera confundido, y había salido antes de lo acostumbrado? No, el reloj indicaba claramente que eran las siete y cuarto. Tardaba media hora en llegar a la oficina, así que no se había equivocado. Qué raro, pensó, pero no perdió más tiempo pensando en por qué el cielo estaba todavía oscuro a esa hora: tenía que ir a trabajar, y hoy tenía una en agenda una reunión con el director de su departamento, y esto era lo más importante. Antes de meterse en la boca del metro, echó un último vistazo al cielo: muchas estrellas, pero no había ni rastro del Sol. Vaya fenómeno raro, pensó, y entró en el subterráneo pensando que, tal vez, por la reunión con su jefe hubiera sido mejor meterse la corbata marrón.

Era el 23 de mayo de 2037.

El día del Desastre.

Capítulo 1

“Me parece ridículo que se construyan naves espaciales, y después no se pueda conseguir un reloj de pulsera que funcione”

“No hay nada raro, si no quedan piezas de reposte para los relojes no hay manera de arreglarlos”

” ¡Pero hombre, un reloj es un mecanismo sencillo! No me creo que no hayan sido capaces de inventarse algo para que un pobre hombre pueda saber en cualquier momento y esté donde esté la hora exacta”

“Pues ponte tú a buscar una solución. Así si lo conseguirás serás famoso en toda Madrid. Ya veo los titulares: “Finalmente, un reloj en cada casa”. Y tu foto en la Intranet...incluso te podría dedicar una calle”

“Tú tómate el pelo, si te apetece, pero yo sigo convencido que si quisiera el Consejo Ciudadano podría hacer más para recuperar las antiguas tecnologías. Yo que sé, invertir más pasta para la investigación”

“Dinero hay pocos, y gastos muchos. Hacen lo que pueden. Y además creo que sea justo que los relojes ya no funcionen. Es algo simbólico: se paran los relojes, se para el tiempo, y se interrumpe el camino de la humanidad hacia el futuro...”

Llegué a mi parada de metro, y me bajé del vagón, sin poder terminar de escuchar las conversaciones que las otras dos personas que estaban en mí mismo vagón estaban manteniendo. No que lo que dijeran me interesara particularmente, pero me aburría y casi sin quererlo me puse a escuchar los comentarios de esos dos Funcionarios (llevaban el traje de ordenanza, no cabía duda de que fueran funcionarios).

Empecé a caminar por las calles oscuras de Madrid, pero no me sentía cómodo. No sabía decir a que se debía exactamente esta sensación de inquietud, pero no era algo nuevo, sino un malestar que había probado a lo largo del día, nada más despertarme y después durante el trabajo en la oficina. Y ahora, volviendo a casa a las 6 de la tarde, caminando lentamente desde el metro hasta mi piso, sentí como la sensación iba aumentando de intensidad. El problema real era que ese malestar no era algo nuevo, porque llevaba varios días sintiéndome un poco raro. Era una sensación entre el cansancio y la depresión, pero si podía justificar el cansancio con las cargas de trabajo que me daban en la oficina, no veía motivo por sentirme tan deprimido. Había pedido cita al médico para 3 días después, y esperaba de todo corazón que el Profesor De la Cuadra pudiera ayudarme. Tal vez fuera sólo cansancio, o el estrés por haber trabajado demasiado en los últimos meses. Me habrían venido bien unas vacaciones...lástima que en la Madrid del 2078 ya no había vacaciones para nadie, sólo trabajo y más trabajo. ¡Vaya mierda de época que había elegido para nacer, pensé!

Llegué al final de calle Navarra, y tenía que meterme en ese callejón oscuro que alguien había llamado calle Oudrid, a pesar de que una estrecha callejuela que corría entre las fachadas de 2 altos edificios a malas penas podía definirse calle. Me llevé la mano al bolsillo, y el contacto de mi mano con el frío metal de mi pistola de 9mm me hizo sentir más tranquilo. ¿Tal vez tenía que sacarla de debajo del abrigo? En los últimos tiempos, en ese barrio habían aumentado considerablemente los robos, a menudo con violencia, y ya se contaban en 5 las muertes en lo que iba de mes: yo no quería ser la víctima número 6, no esa tarde de agosto y con esa sensación de inquietud y tristeza tan rara en mi corazón. Me metí en calle Oudrid, para llegar rápido a mi hogar, cuando un ruido a mis espaldas me hizo dar la vuelta. Bajando por calle Pamplona, vi

dos agentes de la Policía Ciudadana Especial (PCE), que caminaban tranquilos calle abajo con los fusiles de ordenanza en sus manos. Como todos los miembros del cuerpo de policía, llevaban la típica uniforme roja y azul de la PCE, con un chaleco antibala que le protegía el torso, y con cascos amarillo con visores nocturnos.

“Usted, párese” me gritaron, y yo levanté las manos y grité: “Soy un ciudadano registrado, no estoy haciendo nada malo”.

Los 2 se fueron acercando despacio, sin mostrar el menor nerviosismo. Era natural: los visores que llevaban incorporados en los cascos ya le habían revelado que sólo llevaba una mísera pistola, un arma inadecuada para perforar el chaleco blindado que les protegía. Los 2 se pararon enfrente de mí, a unos pocos metros, pero seguían hablando entre sí, como si yo ni estuviera allí. Finalmente, sin mirarme, uno de los 2 dijo:

“Documentación, por favor”. Saqué mi tarjeta identificativa, y se la enseñé. Uno de los 2, el más alto y robusto, le echó un rápido vistazo, después me preguntó: “¿Su nombre?”. Contestarle que lo tenía allí escrito en el documento habría sido una pérdida de tiempo, y además los habría simplemente hecho enfadar...y no era muy saludable que alguien del cuerpo de la PCE se enfadara contigo. “Me llamo Simone Mascardi” contesté con calma, intentando no demostrar nerviosismo, cosa no fácil cuando tienes enfrente de ti dos tíos palestrados y armados con ametralladoras que podía matar a un elefante de un tiro...siempre que los elefantes siguieran existiendo, cosa bastante improbable por otro lado.

”Ciudadano registrado X445633-s, trabando regularmente en el CBES”.

“El CBES, has dicho” me dijo uno de los 2, el más bajito” pues es usted un Técnico... ¿un buen ciudadano que cumple su trabajo a diario, no? ¿Y qué haces en esta calle?” me preguntó.

Le contesté: “Me vuelvo a mi hogar después de terminar mi jornada de trabajo. Como podéis leer en mis documentos, vivo justo en calle Oudrid 11”.

“¿Sabemos leer, que crees? “me dijo el que tenía mi tarjeta identificativa” ¿Porque eres un Técnico te crees más listo que nosotros? Anda, coge tu tarjeta y vete a tu casa.”. Me devolvieron los documentos y se fueron hacia calle Castilla, riendo de gusto de no sabía que chiste que el más bajito estaba contando.

“Hijos de puta” pensé” cuando les necesitas nunca aparecen, pero para tocar los huevos a un ciudadano tranquilo como yo siempre están allí”. ¿Pero que podía hacer? Que la PCE estuviera llena de gente prepotente y violenta era cosa conocida, y si uno denunciaba los hechos a las autoridades lo que recibía en cambio eran 4 tíos sin uniforme que te esperaban bajo tu casa, listos para darte una buena paliza...y después, nadie sabía nada, nadie conocía a nadie y por qué habías recibido una paliza justo después de la denuncia quedaba un misterio sin resolver...

Mejor no pensar en estas cosas, pensé, y me metí en Calle Oudrid. En ese instante sí que saqué la pistola, porque el callejón era demasiado oscuro, y muchas callejuela daban a él; las probabilidades de que algún hijo de puta te asaltara era muy altas, y las precauciones nunca eran suficientes. Con la pistola en mis manos me sentía tranquilo, porque un tío que acecha los transeúntes aprovechando de la obscuridad por lo general no tiene los huevos para enfrentarse a un tío con un arma.

En realidad, llevaba ya 5 años viviendo en ese piso, desde que me mudé de mi anterior vivienda en Calle Sanbernando a causa de los problemas surgidos en la zona alrededor de la Moncloa durante las revueltas populares del año 2073, y nunca había tenido problemas. El barrio de Tetuán no era muy poblado, debido a la cercanía con plaza Castilla y los bordes de la Cúpula, y la mayoría del tiempo las calles estaban semi-desiertas como en ese momento. Que a mucha gente le diera miedo vivir cerca de los

bordes de la Cúpula me parecía una tontería, pero en los últimos años se había intensificado la tendencia a mudarse hacia el centro o hacia las zonas residenciales de la parte sur, sobre todo después de las reformas del 2075. Trabajando en el CBES, a mí me pillaba fenomenal vivir en Tetuán para ir a currar (tan sólo 7 paradas de metro), así que de momento no tenía intención de pedir el traslado a otra zona.

Llegué a mi edificio, el número 11 de calle Oudrid, y abrí el portal con las llaves. Salí hasta el 5 piso, donde había decidido instalarme más para estar lo más lejos posible de la calle que por otras razones. Era una molestia subir 5 plantas cada vez, pero el hecho de vivir lejos de la suciedad de las calles me daba algo una paz interior.

Entré en el piso, y encendí la luz del amplio salón. Como tenía la planta toda para mí, había arreglado el interior dibujando un amplio salón de estar, donde pasaba la mayor parte de mi tiempo, y dejando las zonas más pequeñas de la casa para la cocina, el dormitorio y los servicios.

Nada más entrar me quité el abrigo y me asomé a la ventana, pero afuera sólo vi oscuridad. Cogí en la encimera una lata de cerveza (yo prefería llamarla pseudo-cerveza, ya que esa bebida sintética de la cerveza real no tenía nada, aparte el 5% de alcohol), pero no llegué a abrirla. Me tumbé en el sofá, y me conecté al Intranet. Eché un rápido vistazo a la programación, pero no había nada de mi gusto: los aburridos chat interactivos, los blogs donde pensadores y filósofos (así se definían, para mí sólo eran charlatanes presumidos) exponían sus ideas sobre la vida y el universo, y un par de pelis nuevas en alta definición, algunas con actores reales pero la mayoría hechas con el ordenador, de forma poco profesional y de mala calidad. “Vaya basura” pensé, y lo más increíble de todo era que en ese momento el 70% de la población de Madrid estaría enchufada mirando a esa mierda, escribiendo sus pensamientos en esas chat temática

(que a pesar del tema siempre acababan de la misma forma, con una pelea monumental donde cada uno acusaba a los demás de ser un idiota), o viendo las “obras de arte” de cineastas novatos que pensaban que era posible recrear el encanto de las antiguas películas de Hollywood con unos cuantos pixel.

Apagué el Intranet, y decidí que esa noche iba a salir. No tenía gana de quedarme sólo en casa, no con esa sensación tan rara que sentía en el profundo de mi alma. “¿Y si me estoy volviendo esquizofrénico?” pensé” ¿Y si el médico descubre que sufro alguna forma de depresión o trastorno psíquico? Perderé mi trabajo, mis derechos y tendré que someterme a rehabilitación...y todo esto... ¿por qué?”.

Lo que más curioso de todo era que en los últimos días no me había pasado nada raro o inusual, algún hecho traumático que pudiera justificar un cambio de humor y de aptitud tan repentino. En los últimos meses siempre había seguido la misma rutina: despertarme, trabajo, vuelta a casa, Intranet y a dormir; y los fines de semana, por el centro. Pues, me pregunté” ¿por qué ahora me siento así, tan descolocado?”.

Decidí que era inútil comerme el coco, ya que las respuestas no las iba a encontrar quedándome encerrando en mi piso; mejor salir y desconectar un rato, aunque fuera sólo durante un par de horas. Volví a meter la cerveza en la encimera, me puse el abrigo, cogí la pistola, y me preparé para salir a la calle. Antes de marcharme, volví a echar un vistazo al cielo lejano y oscuro, a través de la amplia ventana que tenía en mi salón:” ¿Por qué tuviste que morir?” pensé, y la sensación de tristeza se agudizó en mi corazón.

Esa tarde tuve suerte. El metro no tardó nada en llegar, y en tan sólo 20 minutos ya estaba en el centro de la ciudad. Por lo general, el servicio ofrecido por lo que quedaba de Metro Madrid era bueno, y el único inconveniente era la frecuencia de los trenes: a veces había que esperar hasta media hora antes de que llegara el vehículo. Pero esa

noche, nada más entrar en el subsuelo y atravesar los tornillos (ya no hacía falta pagar el billete, porque el servicio era totalmente gratuito), oí con placer el ruido de un tren que se acercaba. Aceleré el paso, y en cuanto llegué al andén el tren estaba justo abriendo sus puertas. No bajó mucha gente, y mucha menos subió al vehículo; Tetuán iba despoblándose cada día más, y no sin sentir un escalofrío imaginé que un día me quedaría el único habitante de ese barrio. Un barrio entero todo para mí, para pasear mi soledad en las calles desiertas y oscuras. Tonterías.

Desde mi parada de metro hasta Madrid Centro había siete paradas, y más nos aproximábamos al centro y más gente subía. La vida en Madrid se había desplazado hacia el centro-sur de la ciudad, donde los edificios estaban en mejor estado y había más servicios: centros comerciales, tiendas y por supuesto centros médicos. Curiosamente, muchos años antes el mayor hospital de la capital, el de La Paz, se encontraba justo al norte de Plaza Castilla; por mala suerte, y en mi opinión también por falta de previsión de los arquitectos que diseñaron el proyecto, se había quedado fuera de la Cúpula, y después del Desastre quedó completamente inutilizable. Vaya desperdicio, plantas enteras llenas de maquinarias y habitaciones donde ya nadie podía vivir ni recibir atención médica. Pero para justificar este fallo se dijo que ampliar la Cúpula hasta la Paz suponía un coste demasiado alto, y así se echó a perder el mejor hospital de Madrid. Ahora, en 2078, ya no existían grandes hospitales, sino muchas pequeñas clínicas que se encontraban esparcidas por toda la ciudad. Cada uno tenía asignado su centro médico, y si tenías alguna enfermedad estabas obligado a acudir allí; y si no había medicamentos ni médicos para una urgencia, iba a ser muy probable que uno se dejara el pellejo en una clínica limpia y ordenadita, pero que bajo una fachada de perfección escondía una falta de medios muy alarmante. “It’s a sign of the time, a sign of the time”, diría, como cantaba Michael Stipe en uno de mis álbum favoritos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

